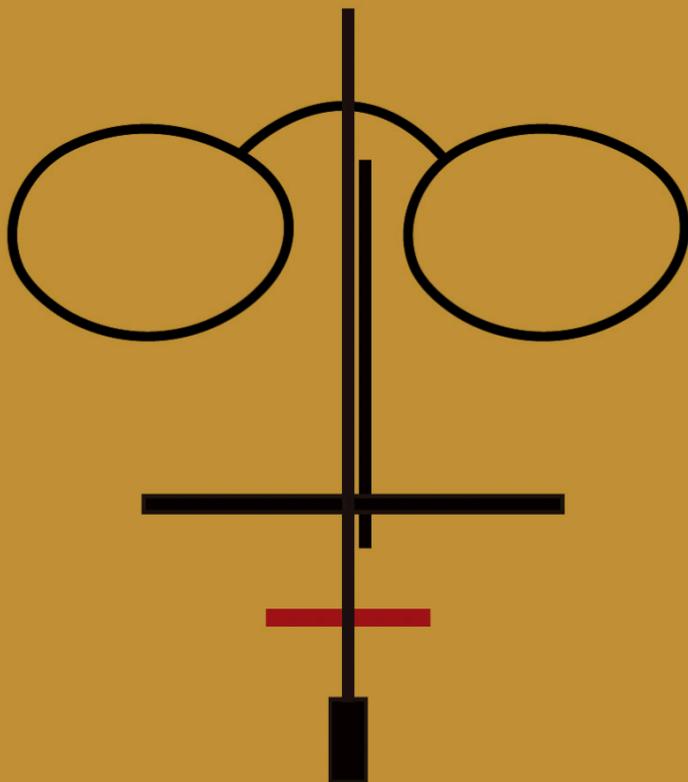


Francisco de Quevedo

**Soy un fue y un será
y un es cansado**

Edición de Rosa Navarro Durán

 IMPRONTA



Francisco de Quevedo

SOY UN FUE Y UN SERÁ
Y UN ES CANSADO

Edición de
ROSA NAVARRO DURÁN



Primera edición: febrero 2025

© Selección, prólogo y notas: Rosa Navarro Durán

© IMPRONTA

c/ Cura Sama, 8, 4.º

33202 GIJÓN / XIXÓN

info@improntaeditorial.com

<https://improntaeditorial.com>

Tfno. 985 09 83 42

Diseño y compaginación: Marina Lobo

ISBN 978-84-129203-8-3

DL AS 00361-2025

Producción: Gráficas Summa

PRÓLOGO

ROSA NAVARRO DURÁN

Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid el 17 de septiembre de 1580, fue un político y hombre de letras, inteligente y agudísimo, con un excepcional dominio de la lengua; nos dejó como herencia poemas inolvidables, algunos de una belleza única y otros de una terrible maledicencia.

Su padre, Pedro Gómez de Quevedo, hidalgo que provenía de la Montaña de Santander, fue secretario particular de la princesa María y, después, de la reina Ana, mujer de Felipe II; su madre, María de Santibáñez, era una de las damas de honor de la reina. El escritor fue el tercero de los cinco hijos del matrimonio. Su biógrafo Pablo Antonio de Tarsia —*Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Madrid, 1663— nos hace un retrato suyo, con pinceladas de alabanza: «Fue don Francisco de mediana estatura, pelo negro y algo encrespado, la frente grande, sus ojos muy vivos, pero tan corto de vista que llevaba continuamente anteojos; la nariz y demás miembros, proporcionados; y de medio cuerpo arriba fue bien hecho, aunque cojo y lisiado de entrambos pies, que los tenía torcidos hacia dentro; algo abultado sin que le afease; muy blanco de cara».

Murió su padre cuando él tenía seis años; Francisco queda bajo la tutoría de Agustín de Villanueva, del Consejo de

Aragón. Estudia Humanidades en el colegio de los jesuitas de Ocaña entre 1594 y 1595; y al año siguiente, Arte en Alcalá, donde alcanza el grado de bachiller y el de licenciado. Se traslada con la corte a Valladolid (1601-1606), donde estudia Teología. En la antología de Pedro Espinosa de 1605 (con aprobaciones de 1603), *Flores de poetas ilustres*, figuran ya dieciocho poemas suyos; tal elevado número nos indica que su poesía debía de circular manuscrita con gran éxito. Había empezado a componer breves piezas en prosa satírica, burlas, como *Vida de la Corte y oficios entretenidos de ella* o la *Premática que este año de 1600 se ordenó*.

Regresa a Madrid con la corte y con su tutor, con quien vivía. En esos primeros años empieza a escribir los *Sueños*, *El Buscón* y numerosos poemas. Quevedo tiene desde muy joven dos claras vocaciones: la literaria y la política. Su ingenio, su mirada inteligente y cáustica a la realidad, su agudísima ironía y su sarcasmo demoledor se pondrán de manifiesto desde sus primeras obras. Su vocación política le llevará a buscar la amistad y el favor de los nobles, a participar en las intrigas cortesanas, a apostar a veces por vencedores y a veces por vencidos; conseguirá así honores, pero también pasará años en la cárcel.

Traduce y escribe. Su cultura es extraordinaria; sus obras reflejarán su gran erudición. Se cartea con sabios (el humanista belga Justo Lipsio) y con nobles. Asiste a Academias y tertulias literarias. Se ha escrito mucho de su enemistad con Góngora, aunque le atribuyen sin verdad muchas composiciones insultantes contra el poeta cordobés: de las dieciocho sátiras contra el poeta que se le asignaban, solo hay una, «Quién quisiere ser culto en solo un día», que es suya con

*POEMAS EXISTENCIALES, RELIGIOSOS
Y MORALES*

REPRESÉNTASE LA BREVEDAD DE LO QUE SE VIVE
Y CUÁN NADA PARECE LO QUE SE VIVIÓ

¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido,
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste* lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue, mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue y un será y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

* «Asiste»: está presente.

SIGNIFÍCASE LA PROPIA BREVEDAD DE LA VIDA, SIN
PENSAR Y CON PADECER, SALTEADA DE LA MUERTE

Fue sueño ayer, mañana será tierra;
poco antes nada, y poco después humo.
¡Y destino ambiciones y presumo
apenas punto al cerco que me cierra!

Breve combate de importuna guerra,
en mi defensa soy peligro sumo;
y mientras con mis armas me consumo,
menos me hospeda el cuerpo que me entierra.

Ya no es ayer, mañana no ha llegado;
hoy pasa, y es y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento*.

* «Monumento»: sepulcro.

ARREPENTIMIENTO Y LÁGRIMAS DEBIDAS
AL ENGAÑO DE LA VIDA

Huye sin percibirse, lento, el día,
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca y, despreciada,
lleva tras sí la edad lozana mía.

La vida nueva, que en niñez ardía,
la juventud robusta y engañada,
en el postrer invierno sepultada,
yace entre negra sombra y nieve fría.

No sentí resbalar, mudos, los años;
hoy los lloro pasados y los veo
riendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia deba a mi deseo,
pues me deben la vida mis engaños,
y espero el mal que paso y no le creo.

A ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino;
y, limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades que blasón latino.

Solo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya, sepultura,
la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

POEMAS AMOROSOS

AUSENTE, SE HALLA EN PENA MÁS RIGUROSA QUE TÁNTALO

Dichoso puedes, Tántalo, llamarte,
tú, que en los reinos vanos cada día,
delgada sombra, desangrada y fría,
ves de tu misma sed martirizarte.

Bien puedes en tus penas alegrarte
(si es capaz aquel pueblo de alegría),
pues que tiene (hallarás) la pena mía
del reino de la noche mayor parte.

Que si a ti de la sed el mal eterno
te atormenta, y mirando l'agua helada
te huye si la llama tu suspiro,

yo, ausente, venzo en penas al infierno;
pues tú tocas y ves la prenda amada,
yo, ardiendo, ni la toco ni la miro.

Tántalo está condenado a sufrir hambre y sed eterna en el Hades —los reinos vanos, vacíos, y también reino de la noche, donde él es sombra— teniendo aparentemente a su alcance agua y frutas porque puede tocarlas, pero se le apartan; el yo poético, que pena por la ausencia de su amada, se dirige a él comparando su suerte a la del personaje mitológico: él ni tan siquiera ve al objeto de su deseo, a su amada, y Tántalo sí ve y toca el agua que ansía, aunque no pueda beberla.

CON EJEMPLOS MUESTRA A FLORA LA BREVEDAD
DE LA HERMOSURA PARA NO MALOGRARLA

La mocedad del año, la ambiciosa
vergüenza del jardín, el encarnado
oloroso rubí, Tiro abreviado,
también del año presunción hermosa;

la ostentación lozana de la rosa,
deidad del campo, estrella del cercado;
el almendro, en su propia flor nevado,
que anticiparse a los calores osa,

reprehensiones son, ¡oh Floral!, mudas
de la hermosura y la soberbia humana,
que a las leyes de flor está sujeta.

Tu edad se pasará mientras lo dudas;
de ayer te habrás de arrepentir mañana,
y tarde y con dolor serás discreta.

El primer cuarteto encadena metáforas para referirse al clavel, que es «Tiro abreviado» porque Tiro era la gran ciudad fenicia a orillas del mar donde se fabricaba la púrpura roja de los caracoles marinos.

FINGE DENTRO DE SÍ UN INFIERNO, CUYAS PENAS
PROCURA MITIGAR COMO ORFEO CON LA MÚSICA
DE SU CANTO, PERO SIN PROVECHO

A todas partes que me vuelvo veo
las amenazas de la llama ardiente,
y en cualquiera lugar tengo presente
tormento esquivo y burlador deseo.

La vida es mi prisión, y no lo creo;
y al son del hierro, que perpetuamente
pesado arrastro, y humedezco ausente,
dentro en mí propio pruebo a ser Orfeo.

Hay en mi corazón furias y penas;
en él es el Amor fuego y tirano,
y yo padezco en mí la culpa mía.

¡Oh dueño sin piedad, que tal ordenas!,
pues del castigo de enemiga mano
no es precio ni rescate l'armonía.

El «dueño sin piedad» es la amada, que no corresponde al amor del enamorado y, por tanto, el yo poético no puede rescatarse con la armonía de su canto como Orfeo, pues sufre el castigo «de enemiga mano»; él padece su propia culpa porque el fuego y las penas —el infierno— están dentro de su corazón, y su vida es su prisión, cuyos hierros o grilletes arrastra sin cesar: pena cautivo del Amor de la dama, ausente y desdeñosa.

ARDOR DISIMULADO DE AMANTE

Salamandra frondosa y bien poblada
te vio la antigüedad, columna ardiente,
¡oh Vesubio, gigante el más valiente
que al cielo amenazó con diestra osada!

Después, de varias flores esmaltada,
jardín piramidal fuiste y luciente
mariposa, en tus llamas inclemente,
y en quien toda Pomona fue abrasada.

Ya fénix cultivada, te renuevas
en eternos incendios repetidos,
y noche al sol y al cielo luces llevas.

¡Oh monte, emulación de mis gemidos!,
pues yo en el corazón, y tú en las cuevas,
callamos los volcanes florecidos.

El yo poético, enamorado, se compara con el volcán Vesubio, a quien dirige su apóstrofe; lo ve como salamandra, porque esta puede vivir en el fuego —según los bestiarios—, y como uno de los gigantes que osaron enfrentarse a los dioses del Olimpo y, vencidos, fueron aprisionados bajo montañas y echan fuego por su boca, hechos volcanes. Y lo describe también con las imágenes de «jardín piramidal», por su forma y por los árboles y flores de sus laderas; «luciente mariposa» por sus colores y sus llamas, que abrazan a la diosa de los jardines, de las huertas, Pomona; y por último lo llama ave fénix porque muere y renace de sus cenizas, que ocultan el sol, en continuos incendios que llenan de luces el cielo nocturno. Une el fuego de su interior, de sus cuevas, con los árboles y flores de los bosques de sus laderas —es fénix cultivada—; y así lo ve imitador de sus gemidos: él calla sus gemidos, el dolor amoroso de su corazón, como el volcán el de su incendio. El enamorado vive también en el fuego que devora su interior y tiene que callar como se lo exige el silencio cortés.

IMPUGNA LA NOBLEZA DIVINA, DE QUE PRESUME
EL AMOR, CON SU ORIGEN Y CON SUS EFECTOS

Si tu país y patria son los cielos,
¡oh Amor!, y Venus, diosa de hermosura,
tu madre, y la ambrosía bebes pura
y hacen aire al ardor del sol tus vuelos;
si tu deidad blasona por abuelos
herida deshonesto y la blancura
de la espuma del mar, y a tu segura
vista, humildes, gimieron Delfo y Delos,
¿por qué bebes mis venas, fiebre ardiente,
y habitas las medulas de mis huesos?
Ser dios y enfermedad ¿cómo es decente?
Deidad y cárcel de sentidos presos
la dignidad de tu blasón desmiente,
y tu victoria infaman tus progresos.

En los cuartetos recuerda el origen del dios Amor: sus abuelos fueron «herida deshonesto y la blancura de la espuma del mar», porque Venus, su madre, nació cuando el semen de los órganos sexuales cortados a Urano por Cronos hizo germinar la espuma del mar. Amor disparó con su puntería habitual una flecha de oro a Apolo en el momento en que miraba a Dafne, y a ella de plomo, y así la ninfa huyó de la persecución amorosa del dios, a quien están consagrados templos en Delfos —donde estaba su oráculo— y en Delos, la isla donde alumbró Latona a sus dos gemelos, Diana y Apolo; por eso ambos lugares gimieron a la segura vista del Amor, por su acertado doble y contrario disparo. Si el Amor es dios, como ha mostrado el yo poético, no es decente —no corresponde a su condición— ser también la enfermedad, la «fiebre ardiente» que bebe sus venas y habita en las «medulas» —palabra grave entonces— de sus huesos.

A FLORI, QUE TENÍA UNOS CLAVELES ENTRE
EL CABELLO RUBIO

Al oro de tu frente unos claveles
veo matizar, cruentos, con heridas;
ellos mueren de amor, y a nuestras vidas
sus amenazas les avisan fieles.

Rúbricas son piadosas y crueles,
joyas facinorosas y advertidas,
pues publicando muertes florecidas,
ensangrientan al sol rizos doseles.

Mas con tus labios quedan vergonzosos
(que no compiten flores a rubíes)
y pálidos después de temerosos.

Y cuando con relámpagos te ríes
de púrpura, cobardes si ambiciosos,
marchitan sus blasones carmesíes.

De parecido asunto al soneto «Rizas en ondas ricas del rey Midas»; compararlos permite admirar la maestría de Quevedo en encontrar nuevos caminos; solo repite el adjetivo «cruentos» («cruenta hermosura») y el sustantivo «heridas». Es el triunfo de los labios de la hermosa dama sobre los claveles que lleva en el cabello. Los claveles, rojos, son rúbricas, señales rojas, y a la vez piadosas y crueles, facinorosas o delincuentes y advertidas o avisadas, pues publican muertes —por lo rojos, cruentos— florecidas ya que son claveles. El cabello es dosel con rizos ensangrentado por las flores. En los tercetos se glosa su derrota pues los rubíes de los labios ganan a los claveles, que pasan de ser vergonzosos —aún rojos— a palidecer; y con la risa de la dama —relámpagos de púrpura, ¡qué bella metáfora!— se marchitan esos emblemas o blasones rojos.

A FUGITIVAS SOMBRAS DOY ABRAZOS

A fugitivas sombras doy abrazos,
en los sueños se cansa el alma mía;
paso luchando a solas noche y día
con un trasgo que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más ceñir con lazos,
y viendo mi sudor, se me desvía;
vuelvo con nueva fuerza a mi porfía,
y temas con amor me hacen pedazos.

Voyme a vengar en una imagen vana
que no se aparta de los ojos míos;
búrlame y de burlarme corre ufana.

Empiézola a seguir, fáltanme bríos;
y como de alcanzarla tengo gana,
hago correr tras ella el llanto en ríos.

Persigue en vano sombras que le huyen, un fantasma al que quiere abrazar en vano; sus «temas», obsesiones, porfias, lo destrozan. Es la persecución inútil de la imagen de la amada en el amor no correspondido que lo tortura día y noche.

DEL SOL HUYENDO, EL MESMO SOL BUSCABA

Del sol huyendo, el mismo sol buscaba,
y al fuego ardiente cuando el fuego ardía;
alegre iba siguiendo mi alegría
y, fatigado, mi descanso hallaba.

Fue tras su libertad mi vida esclava,
y corrió tras su vida el alma mía;
buscaron mis tinieblas a su día,
que dando luz al mismo sol andaba.

Fui salamandra en sustentarme ciego
en las llamas del sol con mi cuidado,
y de mi amor en el ardiente fuego;

pero en camaleón fui transformado
por la que tiraniza mi sosiego,
pues fui con aire de ella sustentado.

El sol es la amada, y el fuego el amor. Une en los cuartetos una serie de paradojas y antítesis. La dama es el día y da luz al mismo sol; el yo poético es salamandra porque vive en el fuego y se transforma en camaleón porque se sustenta del aire (son las características de los dos animales según los bestiarios).

TRAS ARDER SIEMPRE, NUNCA CONSUMIRME

Tras arder siempre, nunca consumirme,
y tras siempre llorar, nunca acabarme;
tras tanto caminar, nunca cansarme,
y tras siempre vivir, jamás morirme.

después de tanto mal, no arrepentirme;
tras tanto engaño, no desengañarme;
después de tantas penas, no alegrarme,
y tras tanto dolor, nunca réirme;

en tantos laberintos, no perderme,
ni haber, tras tanto olvido, recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?

Antes muerto estaré que escarmentado:
ya no pienso tratar de defenderme,
sino de ser de veras desdichado.

La repetición —la anáfora— al comienzo de los versos de los cuartetos y el enlazar paradojas nos recuerda la estructura de los sonetos de definición, pero en este no está lo definido, solo sus efectos: el yo poético habla del amor en el que arde y que provoca el llanto, el dolor, el engaño, las penas, el perderse en su laberinto. Después de describir su estado, admite que no va a tratar de evitarlo y asume ser desdichado.

AUNQUE CUALQUIER LUGAR DONDE ESTUVIERAS

Aunque cualquier lugar donde estuvieras
templo, pues yo te adoro, le tornarás,
ídolo hermoso, en cuyas nobles aras
no fuera justo que otra ofrenda vieras,
templo fue del Señor de las esferas
donde sentí las dos primeras jaras
que afiló Amor en esas luces raras,
bastantes a que más valor vencieras.

La amada, el ídolo hermoso al que adora el yo poético, convertiría en templo cualquier lugar donde estuviera precisamente por ser un ídolo; y en sus aras solo sería justo que viera la ofrenda del enamorado por su adoración. Sin embargo, no fue en un templo pagano donde la vio por primera vez, sino en una iglesia —como Petrarca a Laura en la de Santa Clara de Aviñón—; el Señor de las esferas es Dios, y en una de las iglesias a él consagradas es donde vio los ojos de la amada —«esas luces raras», que son extraordinarias por hermosas—, y el Amor afiló en ellos las dos primeras jaras o flechas que le lanzó. En ese momento, volvió la adoración a Dios por la idolatría al adorar a un ídolo, la amada, y vio su muerte por tal hermosura en ese lugar, en la iglesia. Quevedo acaba el soneto con un juego de ingenio: la iglesia les convenía a los dos, pues la amada por homicida tenía que refugiarse en ella, tenía que ser una retraída como delincuente; y él encontraba allí lugar para su sepultura porque la hermosa dama lo había muerto. Salas Barbadillo en su novela *La hija de Celestina* (1612) pone en boca de su protagonista, Elena, la glosa de estos versos y atestigua así que el soneto circulaba ya: «[ese caballero] me vio en una iglesia, adonde, si fuera verdad lo que él me dijo, los dos pudiéramos quedar en ella: yo, retraída como matadora, y él, sepultado como difunto, porque me afirmó que mis ojos habían sido poderosos a quitarme la vida valiéndose del lenguaje común y tretas ordinarias» (Madrid, Biblioteca Castro, 2007: 499)

Volví la adoración idolatría;
troqué por alta mar seguro puerto;
vi en la iglesia mi muerte en tu hermosura,
que entonces a los dos nos convenía:
por retraída a ti, que me habías muerto,
y como muerto a mí por sepultura

SI DIOS ERES, AMOR, ¿CUÁL ES TU CIELO?

Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu cielo?
Si señor, ¿de qué renta y de qué estados?
¿Adónde están tus siervos y criados?
¿Dónde tienes tu asiento en este suelo?

Si te disfrazas nuestro mortal velo,
¿cuáles son tus desiertos y apartados?
Si rico, ¿do tus bienes vinculados?,
¿cómo te veo desnudo al sol y al yelo?

¿Sabes qué me parece, Amor, de aquesto?
Que el pintarte con alas y vendado
es que de ti el pintor y el mundo juega.

Y yo también, pues solo el rostro honesto
de mi Lisis así te ha acobardado,
que pareces, Amor, gallina ciega.

Desmitificación del Amor: lo pintan con los ojos vendados (y siempre acierta con sus flechas), pero el yo poético lo ve como el protagonista del juego de la gallina ciega; y es efecto de la virtud del rostro de Lisis, que puede con él.

POEMAS SATÍRICOS

A UN HOMBRE DE GRAN NARIZ

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una alquitara medio viva,
érase un peje espada mal barbado;
 era un reloj de sol mal encarado,
érase un elefante boca arriba,
érase una nariz sayón y escriba,
un Ovidio Nasón mal narigado;

Es el más famoso soneto satírico de Quevedo: definición de una gran nariz con la enumeración de imágenes. Esa «archinariz» es una alquitara o alambique, un peje o pez espada, un elefante boca arriba (con doble animalización), es enorme como indican los adjetivos «frisón» y «garrafal», y es «caratulera» porque vende máscaras o carátulas. Nos recuerda la del escudero del Caballero del Bosque tal como la vio Sancho Panza: «tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo», y era de color amoratado como de berenjena. La mención final a «los doce tribus de narices», alusión a las doce tribus de Israel, unida a la de sayón y escriba («sayón», verdugo de Cristo, y «escriba», doctor de la ley judía) le da pinceladas antisemitas al exagerado retrato satírico de esas narizotas. En la «Confesión que hacen los mantos de sus culpas, en la premática de no taparse las mujeres», un «manto de gloria» dice que ha sido «carátula de una bizca», y se unen en el romance términos del soneto: «Adargué cara frisona / con una nariz de ganchos, / que a todos los doce tribus / los dejó romos y bracos [...]. Tras esa alquitara rubia / truje a don Cosme penando; / hallose con un sayón / para premio de sus gastos».

érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
los doce tribus de narices era;
érase un naricísimo infinito,
frisón archinariz, caratulera,
sabañón garrafal, morado y frito.

MUJER PUNTIAGUDA CON ENAGUAS

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?;
si pirámide andante, vete a Egipto;
si peonza al revés, trae sobreescrito;
si pan de azúcar, en Motril te encajo.

A partir de la forma piramidal de la mujer con guardainfante —prohibidos en 1639 para las mujeres no públicas—, encadena imágenes la terrible y agudísima pluma satírico-burlesca de Quevedo; pero no dice hasta el último verso la palabra clave: «mujer», y va ofreciendo posibilidades a partir de su aspecto: cara puntiaguda, amplias faldas. Comienza negando la de que sea campana porque le falta el badajo, alusión al miembro viril; será «arrendajo» o ave córvida, a la que se le consideraba imitadora del canto de otras —se apunta al ser definido en su forma piramidal como imitador—, e indica que sea el ciprés —de tal forma de nuevo— quien la llame así, unión que se puede además asociar a la muerte, porque el disciplinante coronado por ese cucurucho es «mal contrito» o mal arrepentido. Podrá ser «coroza», capirote de condenados, y son las cabezas de las viejas alcahuetas procesadas a las que tendrá que cubrir. O si es una tentación o visión de san Antonio, lo es aguda —buida— por su forma, de ahí el nombre que le da de doña Embudo con guedejas; y otras muchas irónicas transformaciones: le pide que saque el testimonio o la prueba si es cubilete, es decir los dados; o pan de azúcar —cerro con semejante forma— y la manda a Motril, donde se cultivaba la caña de azúcar. La forma piramidal une también al puntiagudo chapitel la peonza al revés (el sobreescrito puede apuntar a quien tiene que azotarla: «gradüados de peonza, / que andan a puro azotazo», dice Corruja en el baile «Los galeotes», porque así se ponía el juego en movimiento); y, por supuesto, a la pirámide, que es la que mejor visualiza la forma que une las distintas imágenes que crean el retrato burlesco de esa mujer con guardainfante.

Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?
Si de disciplinante mal contrito
eres el cucurucho y el delito,
llámente los cipreses arrendajo.

Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?
si cubilete, saca el testimonio;
si eres corozca, encájate en las viejas.

Si büida visión de san Antonio,
llámate doña Embudo con guedejas;
si mujer, da esas faldas al demonio.

EPITAFIO DE UNA DUEÑA, QUE IDEA TAMBIÉN
PUEDE SER DE TODAS

Fue más larga que paga de tramposo,
más gorda que mentira de indiano,
más sucia que pastel en verano,
más necia y presumida que un dichoso;
 más amiga de pícaros que el coso,
más engañosa que el primer manzano;
más que un coche alcahueta; por lo anciano,
más pronosticadora que un potroso.

Más charló que una azuda y una aceña,
y tuvo más enredos que una araña;
más humos que seis mil hornos de leña.

De mula de alquiler sirvió en España,
que fue buen noviciado para dueña;
y muerta pide y enterrada engaña.

Dice Quevedo del pastelero en una de sus sátiras: «Y sábese por cierto / que en su tiempo no hubo perro muerto, / rocines, monas, gatos, moscas, pieles, / que no hallasen posada en sus pasteles», y si hubiera asco en España, es tan sucio «que muriera de hambre el mismo día». El coche era lugar de citas, de ahí que compare a la dueña con él en su condición de «alcahueta»; así en su «Sátira a los coches», dice uno de ellos: «Acúsome en alta voz / (dijo) que ha un año que sirvo / de usurpar a las terceras / sus derechos y su oficio». Es «pronosticadora» del tiempo como vieja más que un «potroso» o un herniado. Como la azuda y la aceña suben agua, se asocia con ellas por su condición de charlatana; dice Quevedo en el *Sueño de la muerte*: «Los primeros eran habladores, parecían azudas en conversación».

ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

A fugitivas sombras doy abrazos	47
¡Ah de la vida... ¿Nadie me responde?	17
A la orilla de un brasero	126
Al oro de tu frente unos claveles	46
A todas partes que me vuelvo veo	43
Aunque cualquier lugar donde estuvieras	50
Bermejazo platero de las cumbres	91
Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!	40
Cargado voy de mí, veo delante	75
Cerrar podrá mis ojos la postrera	72
Colora abril el campo que mancilla	77
¡Cómo de entre mis manos te resbalas!	27
Con tres estilos alanos	110
Con un menino del padre	140
Cuando perlas orientales	129
Dejadme un rato, bárbaros contentos	24
Del sol huyendo, el mismo sol buscaba	48
Después que te conocí	61
De un molimiento de güesos	121
Dícenme, don Jerónimo, que dices	95
Dichoso puedes, Tántalo, llamarte	41
¿Dónde pondré, Señor, mis tristes ojos	23
Don Repollo y doña Berza	114
Echando chispas de vino	147

El día que me aborreces, ese día	54
El que me niega lo que no merezco	32
En aqueste enterramiento	132
En crespas tempestad del oro undoso	67
En este incendio hermoso que, partido	70
En estos versos de mi amor dictados.	52
En los claustros de l'alma la herida	78
Érase un hombre a una nariz pegado	83
Este que veis leonado de cabeza	99
Fue más larga que paga de tramposo	87
Fue sueño ayer, mañana será tierra	18
Hace tu rostro herejes mis despojos	98
Hermosos ojos dormidos	63
Huye sin percibirse, lento, el día.	19
La edad, que es lavandera de bigotes	96
La mocedad del año, la ambiciosa	42
Las aves que rompiendo el seno a Eolo.	28
La vida empieza en lágrimas y caca.	90
Madre, yo al oro me humillo	106
Ministril de las ronchas y picadas	89
Miré los muros de la patria mía	26
Miro este monte que envejece enero.	81
Nací desnudo y solos mis dos ojos	25
No me aflige morir; no he rehusado.	76
Para, si subes; si has llegado, baja	29
Pierdes el tiempo, Muerte, en mi herida.	79
¿Puedes tú ser mayor? ¿Puede tu vuelo	33
Pues amarga la verdad.	104
¿Qué importa blasonar del albedrío	65
¡Qué perezosos pies, qué entretenidos.	74

¡Qué preciosos son los dientes	118
¿Qué tienes que contar, reloj molesto	35
Que un corazón lastimado	55
Quien quisiere ser culto en solo un día.	133
Retirado en la paz de estos desiertos	34
Rizas en ondas ricas del rey Midas	80
Rostro de blanca nieve, fondo en grajo.	94
Salamandra frondosa y bien poblada	44
Si alguna vez en lazos de oro bellos.	53
Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu cielo?	82
Si eres campana, ¿dónde está el badajo?	85
Si hija de mi amor mi muerte fuese	69
Si tu país y patria son los cielos	45
Su colerilla tiene cualquier mosca	97
Tiempo, que todo lo mudas	57
Toda esta vida es hurtar	101
Tras arder siempre, nunca consumirme	49
Tras vos un alquimista va corriendo	92
Tudescos moscos de los sorbos finos.	88
Tú, que la paz del mar, ¡oh navegante!	66
Tus decretos, Señor, altos y eternos.	37
Un nuevo corazón, un hombre nuevo	22
¿Ves, con el oro áspero y pesado	31
¿Ves la greña que viste, por muceta.	30
Vida fiambre, cuerpo de anascote	93
Viendo el mísero Judas que vendido.	38
Vivir es caminar breve jornada	21
Yace en esta tierra fría	131
Ya está guardando en la trena	135
Ya formidable y espantoso suena	20

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Rosa Navarro Durán	7
---	---

POEMAS EXISTENCIALES, RELIGIOSOS Y MORALES

Representase la brevedad de lo que se vive y cuán nada parece lo que se vivió	17
Significase la propia brevedad de la vida, sin pensar y con padecer, saltada de la muerte	18
Arrepentimiento y lágrimas debidas al engaño de la vida . .	19
Conoce la diligencia con que se acerca la muerte, y procura conocer también la conveniencia de su venida y aprovecharse de ese conocimiento	20
Descuido del divertido vivir a quien la muerte llega impensada	21
Salmo I	22
Salmo VII	23
Salmo VIII	24
Salmo XI	25
Salmo XVII	26
Salmo XIX	27
Salmo XXI	28
Peligro del que sube muy alto	29
Que al más valeroso león puede hacer daño una sabandija, y beneficio otra	30

Representa la mentirosa y la verdadera riqueza	31
<i>El que me niega lo que no merezco</i>	32
Es amenaza a la soberbia y consuelo a la humildad del estado	33
Desde la torre	34
El reloj de arena	35
A la soberbia y la humildad.	37
A Judas Escariote cuando vendió a Cristo, señor nuestro . .	38
A Roma sepultada en sus ruinas	40

POEMAS AMOROSOS

Ausente, se halla en pena más rigurosa que Tántalo.	41
Con ejemplos muestra aFlora la brevedad de la hermosura para no malograrla	42
Finge dentro de sí un infierno, cuyas penas procura mitigar como Orfeo con la música de su canto, pero sin provecho . .	43
Ardor disimulado de amante.	44
Impugna la nobleza divina, de que presume el amor, con su origen y con sus efectos	45
A Flori, que tenía unos claveles entre el cabello rubio	46
<i>A fugitivas sombras doy abrazos.</i>	47
<i>Del sol huyendo, el mesmo sol buscaba</i>	48
<i>Tras arder siempre, nunca consumirme</i>	49
<i>Aunque cualquier lugar donde estuvieras</i>	50
Mostrando su pasión amorosa.	52
Alma en prisión de oro	53
Error acertado en condición mudable	54

¿Qué puede ser?	55
Advierte al tiempo de mayores hazañas, en que podrá ejercitar sus fuerzas	57
Halla en la causa de su amor todos los bienes	61
A una dama dormida	63
Que de Lisi el hermoso desdén fue la prisión de su alma libre.	65
Procura cebar a la codicia en tesoros de Lisi	66
Afectos varios de su corazón fluctuando en las ondas de los cabellos de Lisi	67
Amor impreso en el alma, que dura después de las cenizas . .	69
Sepulcro de su entendimiento en las perfecciones de Lisi. .	70
Amor constante más allá de la muerte.	72
Amante desesperado del premio y obstinado en amar	74
Exhorta a los que amaren que no sigan los pasos por donde ha hecho su viaje	75
Lamentación amorosa y postrero sentimiento de amante . .	76
Obstinado padecer sin intercadencia de alivio.	77
Persevera en la exageración de su afecto amoroso y en el exceso de su padecer	78
Artificiosa evasión de la muerte, si valiera; pero entretanto es ingeniosa.	79
A Lisi, que en su cabello rubio tenía sembrados claveles carmesíes	80
Dice que el sol temple la nieve del monte, y los ojos de Lisi no templan el yelo de sus desdenes	81
<i>Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu cielo?</i>	82

POEMAS SATÍRICOS

A un hombre de gran nariz	83
Mujer puntiaguda con enaguas	85
Epitafio de una dueña, que idea también puede ser de todas .	87
Bebe vino precioso con mosquitos dentro	88
Al mosquito de la trompetilla	89
Pronuncia con sus nombres los trastos y miserias de la vida .	90
A Apolo siguiendo a Dafne	91
A Dafne huyendo de Apolo.	92
Vieja verde, compuesta y afeitada	93
Pinta el «aquí fue Troya» de la hermosura	94
Un casado se ríe del adúltero que le paga el gozar con susto lo que a él le sobra.	95
Justifica su tintura un tiñoso	96
A un hipócrita de perenne valentía	97
Diálogo de galán y dama desdeñosa	98
<i>Este que veis, leonado de cabeza</i>	99
<i>Toda esta vida es hurtar</i>	101
<i>Pues amarga la verdad</i>	104
Poderoso caballero es don Dinero	106
Búrlase de todo estilo afectado	110
Boda y acompañamiento del campo	114
Procura enmendar el abuso de las alabanzas de los poetas . .	118
Testamento de don Quijote.	121
<i>A la orilla de un brasero</i>	126
A una dama que pedía joyas	129
A Celestina	131

A un avariento.	132
Receta para hacer Soledades en un día.	133
Carta de Escarramán a la Méndez.	135
Respuesta de la Méndez a Escarramán.	140
Los borrachos	147
<i>Índice de primeros versos</i>	153